

DISCURSO DEL SUBSECRETARIO DE ASUNTOS MULTILATERALES, VICTOR FLORES OLEA, ANTE LA REUNION DEL BURO DE COORDINACION DEL MOVIMIENTO DE PAISES NO ALINEADOS

Señor presidente;
señores ministros;
señores jefes de delegación;
señoras y señores:

Para México es motivo de gran satisfacción que la Reunión Ministerial del Buró de Coordinación del Movimiento de Países No Alineados se celebre en Guyana. Este país sufrió, como casi todos los miembros del Movimiento, un pasado de sumisión colonial. Celebramos que ahora comparta una vida independiente y soberana. Aprovechamos también la oportunidad para transmitir al pueblo y al gobierno guyanés, que son testimonio vivo de la lucha de América Latina por su autodeterminación, el saludo fraternal del pueblo y del gobierno mexicanos.

Señoras y señores:

Es significativo que el Movimiento No Alineado se reúna nuevamente para examinar los problemas de América Latina y el Caribe. La región, desde el encuentro que tuvo lugar en Managua, en enero de 1983, ha experimentado transformaciones profundas que merecen análisis, acción política y solidaridad.

Entre los nuevos hechos, señalaría el correlativo acercamiento de América Latina y el Caribe al Movimiento de Países No Alineados. Diversas circunstancias explican este fenómeno. Desde luego, el proceso de democratización y de movilización social que define la biografía de nuestros pueblos en los últimos años.

Hoy, ya no son posibles en estas tierras los regímenes dictatoriales o los sistemas autoritarios. Y ahí donde existen están condenados al fracaso y a la desaparición. Ahora podemos verlos, con mayor claridad que nunca, como perversiones intolerables de la historia latinoamericana. La hora de su liquidación está fijada inexorablemente por el reloj de la nueva democracia. Impulsemos a ésta y hagámosla irreversible, para que no vuelva a aparecer en las calles de nuestras ciudades, en las llanuras y montañas, la bota negra de la represión que ahoga la voz de los pueblos.

Es también de importancia trascendental el proceso creciente de unidad y concertación entre nuestros países, que no se explica sin el vigor de la democracia lati-

noamericana. Sería largo enumerar los motivos que han tenido los imperialismos y las potencias coloniales para procurar el aislamiento y la fragmentación política de las naciones del subcontinente. Separados hemos sido débiles. Descubrimos ahora la fuerza incontestable de la unión y la solidaridad.

No desearía que se interpretaran mis palabras como un fácil optimismo. La unidad de América Latina y del Caribe está aún en proceso, apenas en los pasos iniciales. Pero ya la perspectiva de nuestra articulación política arroja sus primeros frutos. Cada vez somos más conscientes de ello. Hagamos también irreversible esta nueva línea de acción.

La democracia y la solidaridad han estimulado entre nosotros una comprensión mayor de los efectos negativos de la dependencia y la explotación. Los conflictos políticos y la crisis económica impulsaron la conciencia de nuestra propia vulnerabilidad, de nuestra fragilidad. En el subcontinente, sólo algunos retrógradas piensan que tenemos posibilidad histórica en el sometimiento a los países hegemónicos.

La conciencia política de América Latina y el Caribe se expresa también en la voluntad de preservar tradiciones históricas, de encontrar las propias vías y de salvaguardar la autodeterminación. Nuestros países retoman, con más decisión que nunca, las riendas de su destino histórico. Celebramos, en estos últimos lustros del siglo XX, los albores de una nueva emancipación latinoamericana y caribeña.

Tal acumulación de hechos políticos y de conciencia universalizan a América Latina y al Caribe. Hoy sabemos que no fortaleceremos la unión sin ampliar la solidaridad con los países que guardan las mismas condiciones, con los pueblos del mundo en desarrollo. Y reconocemos que para preservar la democracia hemos de afianzar los principios de la cooperación entre naciones iguales. De ahí nuestra presencia cada vez más activa dentro del Movimiento No Alineado.

La política y la conciencia latinoamericana y caribeña se han abierto al mundo, pero también se han universalizado los problemas del subcontinente. La soberanía de Argentina sobre las Islas Malvinas ha sido motivo de diversos pronunciamientos por parte del Movimiento. Los países No Alineados condenaron la presencia de fuerzas extranjeras en Granada. Asimismo han fijado su aten-

ción, con claras definiciones, en el grave conflicto centroamericano. Cuando la región ha sido víctima de agresiones externas, y cuando ha sido preciso afirmar el derecho a la autodeterminación y a la no intervención, hemos encontrado invariablemente en este foro apoyo y entendimiento.

América Latina y el Caribe han compartido los enfoques del Movimiento sobre los más graves conflictos que aquejan a otras regiones. La independencia de Namibia y el repudio al *apartheid*, la necesidad de encontrar una solución global y definitiva al conflicto del Medio Oriente que asegure los legítimos derechos del pueblo palestino, el fin de la guerra Irán-Iraq, son igualmente problemas de América Latina y el Caribe.

Nos une, además, con los países No Alineados una idéntica preocupación por las tensiones Este-Oeste y por la carrera armamentista, que nos acerca al borde de la destrucción. Exigimos juntos negociaciones globales que permitan reestructurar el orden económico mundial, a fin de aspirar a un mayor bienestar. Sufrimos también la cruel secuela de una aguda crisis económica, que ha sido especialmente severa con las naciones en vías de desarrollo.

El problema del endeudamiento externo, que es una expresión de la crisis económica internacional, afecta a todos los integrantes del Movimiento. Es bien sabido que, respecto de otras regiones, es mayor el monto total de la deuda de América Latina. Por eso, en el subcontinente se resienten con más vigor los altos costos políticos y sociales del servicio de la misma. Ese privilegio discutible nos ha permitido elaborar criterios comunes que hemos sostenido en los diversos foros internacionales. Ante la magnitud del problema, el Consenso de Cartagena ha sido igualmente factor de coincidencia latinoamericana.

Resulta claro que el primer objetivo del esfuerzo económico es el desarrollo sostenido y el bienestar de los pueblos, y que sólo en la medida en que podamos satisfacer las más urgentes necesidades sociales, es legítimo, política y moralmente, continuar con el pago de la deuda. Los países latinoamericanos postulamos este principio como supuesto irreductible del necesario diálogo político que debe establecerse entre acreedores y deudores, incluyendo a los gobiernos. Sólo así, sobre la base de la corresponsabilidad y del derecho al desarrollo, podrá lograrse una solución permanente del grave problema.

El endeudamiento externo está vinculado a las cuestiones más amplias de las finanzas y el comercio internacionales. No podemos seguir exportando capitales. Al contrario, nuestros bienes y trabajo deben ser mejor valorados. Al flujo tradicional de recursos de la periferia al centro, debe seguir ahora una corriente inversa, para cancelar las lacras de la pobreza secular. El problema del desarrollo exige una solución global e integrada que sienta las bases de un nuevo sistema de cooperación internacional.

Entre nosotros se perfilan, por primera vez, principios propios frente a los problemas económicos. De igual manera, América Latina y el Caribe están decididos a encontrar fórmulas latinoamericanas y caribeñas que permitan resolver los conflictos políticos de la región. Ha quedado atrás la época de los tutelajes. Hoy afirmamos nuestra capacidad soberana para decidir el futuro de las naciones del continente.

América Latina reclama respeto. Tal es la profunda razón de ser de los grupos de Contadora y de Apoyo. Al rechazar cualquier forma de hegemonía, afirmamos el derecho a la autodeterminación de las naciones centroamericanas y defendemos nuestra propia independencia. Afirmamos también el principio de la no intervención, para que no se repitan las injerencias que hemos sufrido a lo largo de la historia. Sostenemos la necesidad de una solución pacífica de las controversias, ya que no aceptamos las guerras entre hermanos, y menos cuando nos son impuestas.

Demandamos igualmente la obediencia a las normas de derecho, porque sólo el imperio de la ley asegura la convivencia armoniosa entre los Estados. Pugnamos por una amplia cooperación entre las naciones latinoamericanas. Así fincamos las bases de un firme desarrollo.

Sostenemos además la necesidad del pluralismo al interior y entre las naciones; únicamente de ese modo se respetan los derechos de los hombres y de los pueblos. Hacemos de la democracia la piedra angular de nuestros sistemas políticos, porque a través de ella se defienden soberanía, libertad y justicia.

A pesar de los ingentes esfuerzos de los grupos de Contadora y de Apoyo, en América Central subsiste la amenaza de una guerra de consecuencias imprevisibles. En la zona, esa ruptura histórica entronizaría el caos y el atraso durante varias décadas. Para el resto de los países del subcontinente, serían también enormes los efectos políticos y sociales del enfrentamiento bélico: se pondría en peligro una democracia difícilmente conquistada y se vulneraría la viabilidad del desarrollo. En Centroamérica se juega el futuro político de toda la región.

El proceso de Contadora, en marcha desde hace más de cuatro años, ha encontrado innumerables dificultades que no pretendo pormenorizar aquí. No podemos olvidar, sin embargo, que los belicistas de determinadas corrientes políticas y de interés, se proponen continuar la injerencia externa y la desestabilización, inclusive por la vía de las armas. Tampoco desconocemos las incomprendiciones que se han manifestado hacia el esfuerzo de Contadora, ni los obstáculos que se han sembrado para impedir su avance. En ocasiones, de buena fe e invocando preocupaciones genuinas; en otras, por motivos inconfesables y respondiendo a intereses que provienen de fuera.

Una y otra vez, a pesar de los impedimentos, los grupos de Contadora y de Apoyo han renovado su decisión de promover la paz centroamericana por la vía del diálogo y de la negociación política, y la disposición a conti-

nuar su tarea de mediación. Naturalmente, sin olvidar que la responsabilidad directa de los compromisos y de su ejecución radica en los propios gobiernos centroamericanos.

El proceso de Contadora ha recibido el inapreciable apoyo de los secretarios generales de las Naciones Unidas y de la OEA, al ofrecer los servicios de ambas organizaciones para facilitar acuerdos y verificar su cumplimiento. Tal propuesta hizo posible la gira que efectuaron a los países en conflicto los ocho cancilleres de los grupos de Contadora y de Apoyo y los dos altos funcionarios internacionales.

La visita, que tuvo lugar en enero último, no tiene precedentes en la historia de la diplomacia multilateral. La misión de paz permitió deslindar con claridad responsabilidades, grado de compromiso y voluntad de negociación de las naciones centroamericanas.

Los secretarios generales comprobaron que, para los cinco países de América Central, continúan válidos los principios de la gestión de Contadora. Examinaron también los factores que han impedido una solución negociada. Resultó evidente que la desconfianza no ha permitido lograr acuerdos que pongan fin al conflicto. Observaron, asimismo, que fuerzas externas se oponen al arreglo, y que el genuino deseo de paz de los pueblos centroamericanos no ha podido traducirse en acciones concretas.

Durante la visita, se confirmó que aún subsiste la falsa disyuntiva entre la demanda de democracia de algunos y el legítimo reclamo de todos por su libre determinación. En tal dilema se encuentra una de las contradicciones fundamentales que impiden el proceso de paz. Contradicción que es, no obstante, un espejismo, ya que no existe la democracia sin genuina autodeterminación, ni verdadera autodeterminación sin la posibilidad de una auténtica expresión democrática de los pueblos.

En la búsqueda de un arreglo diplomático, Contadora ha garantizado siempre los legítimos intereses de todos los Estados de la región, dentro del más riguroso equilibrio y con estricta objetividad. Pero no puede promover una solución efímera que sacrifique los principios esenciales de la libre determinación y de no intervención. Las naciones centroamericanas deben reconocer que, en un marco de respeto mutuo, es posible el pluralismo. Ningún país puede erigirse en juez de la voluntad soberana de otro pueblo. Hacerlo significaría sentar las bases de una intolerancia autodestructiva.

Si la paz ha de alcanzarse en América Central, deberá contar con el concurso de los cinco países involucrados. Así, resulta alentador que los jefes de Estado centro-

americanos se reúnan próximamente en Esquipulas. Esperamos que ahí se reanude la posibilidad de un entendimiento a través del diálogo y del intercambio abierto de los puntos de vista.

En esa reunión, que no puede tener carácter discriminatorio, los cinco jefes de Estado deberán lograr acuerdos consistentes que, tomando en cuenta el interés de cada nación, establezcan los compromisos indispensables para un futuro de paz y prosperidad en la zona. En dicho encuentro harán acto de presencia los cinco legítimos representantes de las naciones centroamericanas. En sus manos está vigilar que no asistan a Esquipulas ni el espectro de los hacedores de la guerra, ni la sombra de los irresponsables políticos que socavan la convivencia armónica y las esperanzas de sus pueblos.

Señor presidente;
señoras y señores:

Entre los principios fundamentales del Movimiento de Países No Alineados y las orientaciones básicas de la política exterior latinoamericana y caribeña, hay sin duda una marcada coincidencia. Nos vinculan una igual militancia en favor de la paz, el desarme, el respeto al derecho, el desarrollo y la cooperación internacional. A nivel de los valores y propósitos, nunca se había expresado entre nosotros tan amplia y firme solidaridad.

En todo caso es imprescindible una acción política eficaz. El horizonte de nuestra acción transformadora no tiene límites. Enfrentamos el gran reto de impulsar la cooperación Sur-Sur y de modificar a nuestro favor las relaciones económicas internacionales. Hemos de trabajar igualmente por la distensión entre el Este y el Oeste y para poner un alto a la carrera armamentista. Es preciso encontrar solución pacífica y justa a los conflictos que desangran a nuestros pueblos. Es necesario que actuemos unidos para restablecer un orden internacional basado en el derecho, el respeto y la igualdad.

El Movimiento de Países No Alineados posee los títulos históricos, políticos y morales para cumplir esa tarea. Que nuestra fuerza no se limite a la proclamación de los principios sino que se dirija a su aplicación. Esta cabal unión entre valores y acción eficaz debe ser, frente a un mundo convulsionado, la divisa permanente de no alineamiento. La Reunión de Guyana es una nueva y privilegiada oportunidad para afianzar este compromiso.

Georgetown, Guyana, 12 de marzo de 1987.